

A modo de introducción

Perspectivas regionales en la historia del libro y la cultura escrita de México: un proyecto en construcción

La historia del libro y la cultura escrita en México está viviendo una renovada vitalidad. Si atendemos la delimitación nacional como una de las posibles formas de estudiar los fenómenos de lo escrito encontraremos una gran variedad de factores y actores que han llevado a cabo procesos sociales, proyectos políticos, en los que se han generado discursos y materializado documentos y objetos bibliográficos. A la producción y los repertorios bibliográficos clásicos que se elaboraron en suelo mexicano desde el periodo novohispano es posible sumar libros, capítulos, artículos y tesis que han aparecido en los últimos 30 años, evidencia clara de que ya contamos con valiosas piezas para encaminarnos a una historia de la cultura escrita en México. Sin embargo, también hay que señalar que muchas de esas producciones se encuentran dispersas, que en gran parte están fuera del alcance de los estudiosos y que la imagen que arrojan es la de una geografía discontinua y fragmentaria; por otro lado, también es innegable que en ellas

existe una desproporción estructural: sobresale, por la atención prestada, lo acontecido en la Ciudad de México, causando la relativa invisibilización del mundo de lo escrito en otras regiones del país.

Sin pretender exhaustividad y mucho menos hacer un listado o enumeración de los cuantiosos aportes de tres décadas, es posible, en cambio, hacer un recuento de algunos de los tópicos que han captado la atención de los estudiosos de estos temas. Los trabajos destinados al periodo colonial forman quizá el conjunto más abundante: estudios de lectura, bibliotecas, imprentas e impresores y comercio del libro son algunos de los temas que más se han tratado, mediante casos de estudio individuales o a partir de conjuntos documentales más grandes pertenecientes a un siglo concreto –con especial énfasis en los siglos XVI y XVIII– o a una corporación específica, en los que los estudios de bibliotecas de las órdenes religiosas, son un ejemplo.

Siguiendo la trayectoria cronológica, el segundo momento histórico que mayor atención ha concitado entre los estudiosos es el siglo XIX, periodo bisagra sin el cual no se comprende el México moderno, momento además en el que confluyeron importantes transformaciones técnicas, materiales y comerciales que estimularon con particular potencia la producción de publicaciones periódicas y nuevos géneros editoriales. Ese interés ha tenido resonancia en numerosos libros y compilaciones en torno a la prensa, en sus relaciones con la política y la literatura y, en un segundo cariz, en su función de diseminación de conocimientos científicos y técnicos en el país.

Al revisar las aportaciones referidas a los estudios de la cultura escrita de los siglos XX y XXI es perceptible un retraso cuanti y cualitativo comparado con los dos períodos previos, sin desmedro de la calidad de los trabajos tributados a estos periodos más recientes. Hay estudios de colecciones, especialmente literarias, y de editoriales; también se han abordado las relaciones entre el estado nacional,

su proyecto educativo, la publicación de libros de texto y el establecimiento de una red de bibliotecas públicas en el país. Hay monografías de editores e impresores, en especial de los sellos con orientación política o literaria, se han valorado y desarrollado las figuras de intelectuales y escritores en la creación y gestión de revistas culturales y periódicos, se han analizado los diversos entramados surgidos de redes intelectuales dentro y fuera de México, así como la creciente profesionalización de los actores del circuito del libro –desde los diseñadores gráficos o los libreros, por mencionar sólo algunos eslabones de la cadena del libro–. Por lo que toca a la cultura escrita y editorial del siglo XXI, es posible encontrar nuevos temas, algunos derivados del giro digital, como por ejemplo las transformaciones del marco legal del libro y el acceso a la información, las bibliotecas digitales y su impacto en los procesos y modos de lectura, las formas de comercialización de las obras, las de exhibición y consumo, los cambios en los procesos editoriales y variantes de salida de las publicaciones, así como la diversificación vertiginosa de los nichos de mercados.

No obstante el recuento de temas, énfasis y enfoques que se acaba de presentar líneas arriba, salvo escasas excepciones, queda claro que hay una ausencia casi total de la mirada regional, es decir aquella que preste atención a la producción y circulación de obras de diversas zonas, partes o estados de la República Mexicana; hay una ruidosa falta de voces que expliquen y aborden de manera sustantiva ejemplos y casos de estudio así como problemáticas diversas de la cultura escrita y la edición de diversas partes del país, o aquella mirada que dé cuenta de las particularidades de una zona o región y su aporte a ese todo que llamamos México. Para contribuir a esa mirada en común y la articulación de un proyecto integral se precisa de la colaboración multidisciplinaria de especialistas que hayan trabajado algunas de las manifestaciones de la cultura escrita de los diversos períodos históricos.

Tras la constatación de esa ausencia de enfoques de estudio nos dimos a la tarea de generar los espacios para activar y dinamizar la discusión de los temas de la cultura escrita en diversas regiones de la República Mexicana.

Impulsado desde el seno del Seminario Interdisciplinario de Bibliología del Instituto de Investigaciones Bibliográficas de la Universidad Nacional Autónoma de México (SIB-IIB-UNAM) y en estrecha colaboración con instituciones y académicos de diversas regiones del país, en 2016 iniciamos el proyecto de los coloquios regionales, el primero de los cuales fue el Coloquio Regional de Oriente de Historia y Estudios del Libro, llevado a cabo en Puebla, con la Biblioteca Histórica José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. En 2020 se sumó un encuentro hermano: el Coloquio Regional de Occidente de Historia y Estudios del Libro que contó con la co-organización de CIELA Fraguas y la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Finalmente, en enero de 2021, se llevó a cabo el Coloquio Regional del Norte de Historia y Estudios del Libro, co-organizado con la Facultad de Artes de la Universidad Autónoma de Baja California. Dichos espacios permitieron el encuentro y diálogo académico de investigadores procedentes de diversas instituciones educativas de la República mexicana en los que se presentaron numerosos casos de estudio, se discutieron metodologías, se plantearon problemas comunes y se expusieron una serie de elementos que han determinado y condicionado el uso y desarrollo de las perspectivas regionales en los estudios de la cultura escrita a través del tiempo. La fertilidad de esos encuentros nos impulsó a reunir las piezas del rompecabezas para balancear, complementar y armonizar las perspectivas casi exclusivamente centralistas que han primado sobre los estudios de cultura escrita, del libro y la edición en México. En esta obra ofrecemos un primer panorama para el occidente del país, como expondremos a continuación.

Comentarios sobre la historia del libro y la cultura escrita en el occidente mexicano

Siempre es enriquecedor volver a pensar las regiones de México histórica y culturalmente, porque a la postre de los años nuevas perspectivas historiográficas nos permiten reconocer otros elementos que la articulan. En este sentido, las investigaciones que se han desarrollado a lo largo y ancho del país y que han sido integradas en libros colectivos son una aportación significativa para esa discusión. Ése es el caso de la cultura escrita, que en los últimos veinte años ha generado una serie de debates específicamente para el centro de México y desde ahí se ha irradiado al resto del país.

Repensarnos regional e historiográficamente en pleno siglo XXI es atravesar espacios culturales con sus propias dinámicas, en el sentido Braudeliano del tiempo, pero también en las diferentes propuestas para entender el papel de las regiones y cómo han enriquecido el quehacer histórico en todo el país. En este sentido, abordar la región desde la cultura escrita supone reconocer las dinámicas que la han caracterizado y reconstruir su propia historicidad, por lo que el volumen que aquí presentamos es una de las acciones concretas para configurar esos espacios discursivos en los que recientemente estamos ahondando.

Si pensamos en el marco temporal de la cultura escrita en el occidente mexicano es posible señalar que da su puntapié inicial con la llegada y la expansión europea en la región, en contraste con la tradición del oriente, centro y sur de México. Si bien varias culturas tuvieron un desarrollo significativo, particularmente en la zona llamada Oasisamérica y en una parte de la región zacatecana que linda con Durango, no se desarrollaron sistemas de escritura en occidente. El arqueólogo Gordon Brotherston¹

1 Brotherston, Gordon, *La América indígena en su literatura: los libros del cuarto mundo* (México: Fondo de Cultura Económica, 1997).

asegura que hay elementos de escritura en toda América; sin embargo, para esta región, y a la fecha, no los hemos podido conocer. Esta veta de análisis será justamente uno de los temas que seguirá investigándose y podrá dar luces en un futuro.

La zona de México que inicia en el actual estado de Querétaro y que se extiende hasta la frontera norte con Estados Unidos de América, es un territorio que además de extenso fue sumamente complejo para la dominación española debido a las difíciles condiciones geográficas y lo aguerrido de los pueblos originarios que lo habitaban. La conquista de la población originaria de esas tierras, llamados despectiva y genéricamente “chichimecas” por los mismos habitantes del México central, sólo pudo efectuarse a través del sistema combinado de misiones y presidios, asentamientos que motivaron a lo largo de los años el establecimiento de poblados con el consecuente incremento del comercio.

En ese proceso de expansión fue clave el descubrimiento de las minas de plata, primero en Zacatecas y posteriormente en las sucesivas que se abrieron hasta Santa Fe, formando con ello el Camino Real de Tierra Adentro. Esa estela de metal fue para el territorio del septentrión el detonante de la amplia difusión de la tradición escrita europea a través del camino y sus distintos ramales donde se fueron estableciendo presidios, poblados, villas, ciudades mineras, conventos y haciendas durante todo el periodo colonial.

A lo largo de más de dos mil quinientos kilómetros del Camino Real de Tierra Adentro, se fueron definiendo regiones cuyo vínculo fue el comercio, el intercambio y las dinámicas económicas, vínculos que permiten identificar y explicar las influencias artísticas, culturales e identificar los centros de producción y circulación de la producción escrita e impresa. En ese sentido, es importante distinguir al menos dos vertientes de lo escrito en la zona: la derivada de la documentación administrativa y la relacio-

nada con la circulación de impresos publicados en otras zonas, ya que la imprenta se estableció en la región de occidente hasta finales del siglo XVIII, específicamente en Guadalajara; este desfase entre circulación de impresos foráneos y publicación de obras *in situ* tendrá un impacto no sólo en cuanto a la circulación y apropiación de diversas modalidades de la cultura escrita, sino también respecto de la lectura y la formación de bibliotecas. Y a esos espacios de producción y resguardo escrito, se sumarán los usos privados, domésticos, así como el comercio de libros en distintas escalas.

Al igual que en otras regiones de México, en el entramado de conquista y colonización del occidente y norte de México, la jurisdicción y administración eclesiástica jugó un papel significativo, ya que a través de ella se fueron estableciendo misiones y conventos, configurando una red “paralela” y alterna en la que se crearon y circularon numerosos documentos y se establecieron importantes y voluminosas bibliotecas, uno de los temas que serán tratados en esta obra. Sin embargo, además de las religiosas y corporativas, hubo también bibliotecas particulares de civiles: comerciantes, responsables del gobierno civil y hacendados, que hemos podido conocer y reconstruir a través de sus inventarios y avalúo de bienes.

El occidente mexicano –la zona que conecta al centro con el norte desde Querétaro y se expande hasta Zacatecas–, ha estado vinculado históricamente a través de caminos y cohesionado por las actividades económicas, administrativas y misionales que lo caracterizaron. Ejemplo de ello son el mineral de Zacatecas; el gobierno administrativo de la Nueva Galicia en Guadalajara; y las misiones que partieron, primero desde Michoacán hacia Zacatecas y después, en el siglo XVIII, desde el Colegio de Propaganda Fide de Zacatecas hacia el norte. En la región, esos núcleos sirvieron de enlace con la capital de la Nueva España y al norte del reino español en América. El Bajío, con su gran producción de granos y alimentos;

Aguascalientes y Jalisco con su producción ganadera; y Zacatecas y San Luis Potosí con la minería, conformaron entre sí una región rica, productiva, interconectada y autosuficiente, en la cual se generaron dinámicas propias de intercambio, en las cuales las ferias comerciales, como la de San Juan y ya en el siglo XIX la de Aguascalientes, jugaron un destacado papel para la circulación de lo escrito.

Durante el siglo XVIII se propició un cambio de rumbo en la cultura escrita regional ya que, además de la llegada de la imprenta a Guadalajara y su impacto en la producción de impresos administrativos, la escritura manual, imitando los formatos impresos, empezó a producirse tanto en el ámbito público como en el privado, dejando ver el creciente interés por ampliar los radios de difusión de ciertas ideas y noticias de autores que no lograban publicar sus escritos. Ese deseo de publicación proliferó en el siglo XIX, primero en la región del Bajío con las “imprentillas” de los independentistas, particularmente en Guanajuato y Michoacán; y tras la independencia nacional y la declaración de la libertad de imprenta, de ahí que podemos decir que es el primer gran momento de la cultura impresa en la región de occidente. El anhelo de los nuevos gobiernos estatales por tener una imprenta y difundir sus programas, contar con un periódico oficial y defender sus principios, permitió el establecimiento de diversos talleres tipográficos en muchas capitales de los estados de la región, y también la migración de impresores a villas y poblados donde había ya un interés evidente por contar con imprentas propias. Así, a lo largo del siglo XIX y utilizando aquellos antiguos caminos coloniales, circularon impresos, impresores e insumos, consolidando una nueva cultura escrita.

En ese nuevo panorama político y técnico veremos reconfigurar algunas instituciones en función de las ideas de ciudadanía imperantes: surgen las bibliotecas públicas, como uno de los medios más importantes para la ilustración de los nuevos lectores, que integró las viejas bibliotecas conventuales a sus acervos tras la desamortización

de los bienes del clero. Pero esa desamortización no implicó una limitación a la expansión de las ideas religiosas, sino que éstas adquirieron nuevas variantes y matices. En oposición al triunfo del liberalismo y el creciente protestantismo, el nuevo movimiento católico del último tercio del siglo XIX dio lugar a un conjunto de publicaciones y al surgimiento de las imprentas católicas en la región, lo que tuvo una importante incidencia en las lecturas educativas preceptivas de la época, en el surtido de las bibliotecas y en la oferta de los libreros, temas que también son abordados en este libro.

El final del siglo XIX e inicio del XX es el tiempo de consolidación de la cultura escrita en la región. Sin embargo, tras el conflicto armado de la Revolución Mexicana habrá una suerte de cambio de rumbo en varios aspectos y ámbitos pues se generará un proyecto cultural y educativo con énfasis en la integración nacional, que se manifestará en varios proyectos editoriales, en la rearticulación de las bibliotecas y en las misiones culturales. Por lo tanto, podemos plantear que una de las características de la cultura escrita del occidente en el siglo XX es que el proyecto nacional absorbió a los hacedores de libros, quienes migraron a la capital mexicana; ejemplo de ello son Fernández Ledesma, Díaz de León y Acevedo Escobedo, sólo por mencionar tres activos intelectuales de Aguascalientes.

Esa migración de agentes del libro no eliminó, pero sí debilitó los proyectos locales, hecho que desdibujó o fragmentó parcialmente las investigaciones regionales. Si bien los estudios de la prensa periódica regional de los siglos XIX y XX cobraron un renovado impulso desde el inicio del siglo XXI, los estudios del mundo del libro, las revistas, los editores, las bibliotecas y la lectura están empezando a despertar interés más recientemente.

Organización de la obra

Este libro está compuesto por nueve ensayos, que tocan varios núcleos temáticos de la cultura escrita del occidente de México, que hemos mencionado líneas arriba. “Un protolibrero indígena en el Zacatecas del siglo XVI” de Edgar Adolfo García Encina, de la Universidad Autónoma de Zacatecas, trata de dos indios michoacanos asentados en las minas de Zacatecas en la primera mitad del siglo XVI. El primero, Antón, como oficial se hace cargo de la organización de la iglesia del lugar; el segundo, Hierónimo, su hermano, vive de oficios varios. Estos datos se encontraron en un proceso inquisitorial, guardado en el Archivo General de la Nación de México, por vender libros prohibidos que estuvieron bajo resguardo del primero, y que habían pasado por el proceso de expurgación. El anecdotario de hechos describe una historia singular del tiempo, retratando el simbolismo de los libros atesorados por la cultura, y guiña a las bibliotecas históricas y de colecciones especiales, que dan cuenta de la riqueza bibliográfica de entonces.

En este ensayo, García Encina rescata el proceso y potencia el relato para exponer la importancia de la circulación de impresos en pleno siglo XVI, la centuria de la colonización europea. En ese sentido, se exploran las posibilidades de que, desde la fundación de América, con cada extranjero llegó la posibilidad de su acompañamiento de y por libros. Si su tesis es viable, de que los libros llegaron desde el primer momento, es natural pensar que éstos circularon de varias formas en los territorios de occidente y que esos libros, alicientes de la independencia cultural y de la libertad de conocimiento, viajaron sin importar censuras o consideraciones de escrúpulo.

Antón se vuelve importante porque, aunque no es un librero *per se*, es un comerciante, un intercambiador de objetos, de mercancías. Es allí donde otra parte de la reflexión de García se concentra: en las maneras de cir-

culación de los impresos y su tratamiento como meros objetos que, sin embargo, han sido siempre un bien preciadísimo, culturalmente hablando. En ese sentido, Antón representa la figura del protolibrero que oferta la mercancía, sabedor de esos otros valores, y abre la posibilidad para varias reflexiones. El resultado de estas travesías de los libros las vemos y las consultamos en bibliotecas especializadas que abren ventanas a ese pasado y que esconden historias fascinantes como ésta.

En “Las rutas de los libros en la Nueva Galicia, 1705-1827”, las académicas de la Universidad de Guadalajara Centro Universitario de Tonalá, Marina del Sagrario Mantilla Trolle y Claudia Alejandra Benítez Palacios, se proponen mapear los lugares hasta donde llegaron los impresos a través de las rutas de comercio establecidas por los libreros y mercaderes o donde fueron llevados por sus antiguos propietarios. Las fuentes de las que proviene la información que usaron surgen del minucioso estudio de los inventarios de libros que integran los autos de Bienes de Difuntos resguardados en la Biblioteca Pública del Estado de Jalisco “Juan José Arreola”, documentos con los que han trabajado desde 2015 y que les ha permitido explorar el universo de las obras puestas en circulación en el territorio novogalaico en el último siglo de dominación hispánica. En este caso, la intención primordial es hacer el análisis de la dispersión o diseminación geográfica de los sitios donde se registró la muerte de los otrora poseedores de los libros, para reconocer el espacio que alcanzaron y cómo se difundieron desde el occidente hacia otros lugares del virreinato.

Del caso de la geografía del libro novohispano, nos movemos a un estudio amplio de corte legal, con el ensayo “Aproximaciones regionales a la historia del libro prohibido en México, 1821-1855” del historiador Felipe Bárcenas García, miembro del Seminario Interdisciplinario de Bibliología de la Universidad Nacional Autónoma de México. En su capítulo se sugieren algunas vías para es-

tudiar el fenómeno del libro prohibido en el país en el lapso en que los gobiernos imperial y republicanos, sin excepción alguna, ratificaron constitucionalmente la conservación del catolicismo como religión oficial. Bárcenas explica cómo las autoridades civiles y eclesiásticas consideraron que el libro representaba una amenaza capaz de debilitar la fe de los ciudadanos en un momento en que resultaba impensable la gobernabilidad del vasto territorio mexicano sin el cuidado de la moral católica, concebida como el elemento esencial que garantizaba la fidelidad de los habitantes hacia el Estado. En ese contexto es que se establece un nuevo tipo de régimen de censura, distinto del que existió en el antiguo régimen. De ese modo, el historiador argumenta que este tema de la cultura escrita exige ser abordado desde una perspectiva regional y para cumplir con el objetivo propuesto, contrastar fuentes del Archivo General de la Nación con documentos pertenecientes a diversos acervos documentales y hemerográficos del país.

El segundo núcleo de trabajos de este libro se articula en torno a los espacios de resguardo, tanto los antiguos como los modernos. De ese modo, María Victoria Carreón Urbina, de la Biblioteca Pbro. Dr. Manuel María de Gorriño y Arduengo del Seminario Guadalupano Josefino de San Luis Potosí, nos ofrece un acercamiento justamente al repertorio de acervos que actualmente contienen ese legado del pasado bibliográfico y que son, a la vez, testimonio de la existencia de diversos recintos religiosos y educativos que les albergaron en uno de los estados del occidente mexicano. A través de un recorrido histórico en "Fondos antiguos en San Luis Potosí", la académica da cuenta de las diversas instituciones que se establecieron en dicha ciudad entre los siglos XVII y XVIII: desde las principales órdenes religiosas (franciscanos, agustinos, jesuitas, mercedarios, carmelitas y juaninos); la creación de la Diócesis -a mediados del siglo XIX-; el establecimiento de la Santa Iglesia Catedral; en el primer cuarto del siglo

XIX se estableció el Colegio Guadalupano Josefino, que al consolidarse la diócesis le fue entregado, para que se elevara a la categoría de Seminario Conciliar Guadalupano Josefino. En todas esas instituciones encontramos numerosas bibliotecas particulares de miembros del clero regular y secular que son atendidas por Carreón Urbina para presentar un muy completo estado de la cuestión de un importante patrimonio documental.

Además de los inventarios y documentos de archivo, existen diversas estrategias para la reconstrucción de bibliotecas antiguas, una de las cuales es la identificación y el análisis de sus marcas de proveniencia. En “Una biblioteca sellada con fuego. La marca de fuego del Convento de Santo Domingo de Querétaro en la Provincia de Santiago de México”, Hugo Daniel López Hernández del Instituto Dominicano de Investigaciones Históricas, nos ofrece una revisión historiográfica del estudio de las marcas de fuego en Nueva España para mostrar cómo ha usado los signos de identificación en la reconstrucción bibliográfica de la biblioteca del Convento de Santo Domingo de Querétaro. Aunado al análisis material de los impresos existentes, ha recurrido también al estudio de *marginalia* y *ex libris* manuscritos y finalmente con el estudio de la historia de la biblioteca corporativa que mantuvo la Provincia de Santiago de México en la ciudad de Querétaro. Su ensayo es un ejemplo claro de la contribución que puede hacer a la historia de la cultura escrita y documental regional el uso combinado de las estrategias del análisis material de los libros, el trabajo de archivo y los testimonios de procedencia.

El siguiente ensayo es de Luciano Ramírez Hurtado de la Universidad Autónoma de Aguascalientes y se titula “Bibliotecas y librerías en Aguascalientes del último tercio del siglo XIX. Entre la moral religiosa y la educación secular”. En él se propone hacer un estudio de esos dos espacios físicos de circulación y consumo bibliográfico, en tanto ambos permiten rastrear los signos del desarrollo intelectual de una sociedad. En su capítulo, el investigador

hace un esbozo de las primeras bibliotecas –tanto públicas, como educativas y privadas– y librerías que existieron en ese periodo en Aguascalientes –concretamente la de los hermanos Aguilar y de José Herrán y Bolado– para pasar luego al tema de la coexistencia entre la moral cristiana y la secularización. Analiza ese fenómeno religioso en un género editorial específico para observar cómo se da su transformación en el tiempo: los manuales de urbanidad, buenas maneras, moral y educación. El propósito de su trabajo es mostrar cómo la moral católica de herencia novohispana, gradualmente será sustituida por una modalidad secular, promovida por los gobiernos liberales del siglo XIX y cómo ese “deslizamiento” se manifiesta en la cultura bibliográfica hidrocálida.

De Marco Antonio Flores Zavala, académico de la Universidad Autónoma de Zacatecas, podremos leer “Libros para la instrucción del público. Notas sobre la Biblioteca Pública de Zacatecas, 1829-1856”. Partiendo de algunas preguntas que le permiten abordar su pesquisa –¿Qué son los textos referidos e ideados para esa comunidad? ¿Qué provoca esta cultura impresa en tiempos de nuevas libertades, con viejas restricciones vigentes y tiempos de búsquedas?–, el autor se centra en el establecimiento y el sostenimiento de la Biblioteca Pública como una institución ilustrada, novedosa y liberal. Aborda los discursos y las prácticas que se generaron al interior de dicho espacio entre bibliotecarios, lectores, impresores, comerciantes y censores, considerando al poder gubernamental como un referente. Más allá de los cortes de la historia política o de los tiempos de la Biblioteca, Flores explora la idea de modernidad y revolución de la cultura impresa a través de las acciones y símbolos que fueron impulsados por una comunidad zacatecana que influyó a toda la región occidente.

En la sección final del volumen contamos con los trabajos de Lourdes Calíope Martínez González, del Instituto Cultural de Aguascalientes y de la Universidad Autónoma

de Aguascalientes, y Oscar Hernández Santiago, miembro del Seminario Interdisciplinario de Bibliología de la Universidad Nacional Autónoma de México. En el primero titulado “Los nuevos pilares de la fe: imprentas católicas en Aguascalientes (1870-1909)” la académica aborda el proyecto católico de la tercera parte del siglo XIX, detonado por el triunfo del liberalismo, la aplicación de las Leyes de Reforma y el creciente protestantismo, a partir del cual la Iglesia Católica entró en una nueva etapa de modernidad en la que la imprenta, la prensa, la educación y la literatura, formaron parte de este nuevo proyecto que generó el surgimiento de talleres tipográficos y periódicos católicos. Aprovechando los cimientos que la letra impresa dio al pensamiento liberal, se formaron nuevas generaciones ilustradas católicas a través de seminarios, colegios, asociaciones literarias y organizaciones obreras que fueron base para el Catolicismo Social de finales del siglo XIX y principios del XX. En este contexto, las imprentas católicas de Aguascalientes, y particularmente sus impresores-editores, fueron pilares en este nuevo proyecto político en el ámbito local y nacional. La autora se detiene explícitamente en las prácticas publicitarias y editoriales de Eduardo J. Correa, así como su cercanía con jóvenes escritores locales a los que motivó para publicar por primera vez en sus periódicos literarios e informativos, promoviendo de ese modo, una novedosa generación de escritores católicos.

Por su parte en “Una aproximación a la cultura jurídica desde la obra literaria del aguascalentense Eduardo J. Correa (1874-1964)”, el historiador y abogado Hernández Santiago, plantea justamente cómo sería posible localizar y rastrear los vínculos entre literatura y marco legal; en otras palabras, cómo el estudio de la cultura escrita sirve para la comprensión de otros espacios de socialización. Tomando como caso de estudio una obra del escritor católico Eduardo J. Correa (1874-1964), el investigador se aproxima a un momento concreto de la cultura jurídica mexicana de mediados del siglo pasado. El aporte de su

ensayo es presentar una visión menos formalista del marco regulatorio que condiciona nuestro accionar, y ampliar con elementos que pertenecen a la cultura bibliográfica y a la creación escrita, el conjunto de fuentes y registros de relaciones sociales que constituyen el derecho y que regularmente no tienen cabida en la fría letra de la ley.

No ha sido el ánimo de esta iniciativa editorial cerrar y delimitar los temas y problemas que interesan a la cultura escrita del occidente mexicano, sino más bien dar espacio y escuchar las voces que paulatinamente nos permitirán contar con un panorama más rico, diverso e incluyente de la historia y los estudios del libro en el país.

Marina Garone Gravier
y Lourdes Calíope Martínez González
Entre Amatlán de Quetzalcóatl y Aguascalientes
Julio de 2021

Fuentes consultadas

Academic Wikipedia. (n. d.). *Richard Buchanan*. Recuperado de: [https://en.wikipedia.org/wiki/Richard_Buchanan_\(academic\)](https://en.wikipedia.org/wiki/Richard_Buchanan_(academic))

Agradecimiento

A Felipe Sarabia, arqueólogo de la región Zacatecas-Aguascalientes, por la orientación bibliográfica brindada; a Fernanda Sosa y Rebeca Marroquín, por su apoyo en las tareas de coordinación, seguimiento y cuidado del proyecto editorial.